

Agustín Sixto Seco

**MALASPINA Y BALMÍS EN LA EPOPEYA
DEL PUENTE SANITARIO-ASISTENCIAL
TENDIDO ENTRE GALICIA Y EL
NUEVO MUNDO, MAR POR MEDIO**

2 de Abril de 1998

D. AGUSTÍN SIXTO SECO.

NATURAL DE MUGARDOS (A CORUÑA), SIEMPRE ESTUVO MUY LIGADO A LA VECINA CIUDAD FERROLANA.

MÉDICO-CIRUJANO, ESPECIALISTA EN TRAUMATOLOGÍA Y ORTOPEDIA, DIRIGE EL INSTITUTO POLICLÍNICO «LA ROSALEDA» (SANTIAGO DE COMPOSTELA) QUE ÉL FUNDÓ.

PRESIDENTE DEL PATRONATO «ROSALÍA DE CASTRO» Y DE LA FUNDACIÓN «OTERO PEDRAYO». ES MIEMBRO DE LA REAL ACADEMIA GALLEGA Y SECRETARIO DEL «CONSELLO DE CULTURA GALEGA». EN 1996 RECIBIÓ LA MEDALLA DE PLATA DE LA COMUNIDAD DE GALICIA.

CON MÁS DE UN CENTENAR DE CONFERENCIAS IMPARTIDAS, SU ACTIVIDAD INTELECTUAL SE COMPLETA CON LOS MÚLTIPLES ARTÍCULOS, PREGONES Y ENTREVISTAS CONCEDIDAS A LO LARGO DE SU VIDA PROFESIONAL.



Cuando a los españoles se nos habla «del 98», activamos inmediatamente el delicado mecanismo de nuestro «disco duro» cerebral. Y, según sus preferencias intelectuales, cada uno usa el «ratón localizador» para traer a la pantalla de sus reflexiones uno de estos dos temas: o la «generación del 98», si sus aficiones son literarias, o el «desastre colonial» si sus gustos van por la historiografía política.

Ahora mismo andamos envueltos en las celebraciones del centenario de la famosa generación de intelectuales que se ocuparon de glosar las sombras y las luces que hitos como los de Cuba o Cavite, por citar dos de los ejemplos más llamativos, proyectaron sobre la historia de España. Pero es obvio que ni el desastre colonial ni su descripción literaria hubieran sido posibles si quinientos años antes no se produjera el Descubrimiento del Nuevo Mundo, el acontecimiento que más influencia tuvo en la historia de la humanidad después del que anunció el nacimiento de Cristo.

Cuando se me invitó a participar en las actividades de la Cátedra «Jorge Juan», procuré ajustar mi conferencia a las dos vertientes que a mi modo de ver configuran este joven foro cultural: la académica, que le confiere su pertenencia a la Universidad coruñesa; y la castrense, que le viene de su asentamiento en la ferrolana sede de la Zona Marítima del Cantábri-

co. Y fue esa afortunada mezcla de procedencias y finalidades lo que me llevó de la mano para elegir el tema, darle forma y titularlo así «Malaspina y Balmís en la epopeya del puente sanitario-asistencial tendido entre Galicia y el Nuevo Mundo, mar por medio».

Es, pienso yo, una forma literaria de enmarcar el manojo de reflexiones que me sugiere la presencia de un marino, el casi legendario Almirante Alessandro Malaspina, y un médico, el benemérito cirujano militar Francisco Javier de Balmís, en el imaginario puente asistencial y sanitario que, mar por medio, ayudaron a tender los gallegos en su epopeya americana.

Parecerá extraño que haya elegido a esos dos personajes, marino el uno, médico el otro, para tratar un tema específicamente gallego sin ignorar que ninguno de ellos es de este finisterre peninsular. El marino, como ustedes saben mejor que yo, ni siquiera es español; pero aunque Italia le haya visto nacer en Mulazzo y morir en Pontrémoli (ambos de la Lunigiana), en España hizo su carrera y como almirante español alcanzó la gloria. Y el médico, alicantino de nacimiento, ejercía como cirujano militar en el Hospital coruñés cuando la historia le encumbra. Uno y otro dan nombre a cada una de las dos famosas expediciones por ellos comandadas: el italiano, para circunvalar el mundo; el alicantino, para organizar un filantrópico viaje sanitario.

Cuando en 1993, con ocasión del V Congreso de Hospitales fui invitado a pronunciar la Conferencia Inaugural en la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires en la que estudiaba la «Contribución médico-asistencial de los gallegos en su epopeya americana», manejé una abundante bibliografía en la que pude colmar mi admiración por la ejecutoria de nuestros emigrantes al otro lado del océano. Y espigando en la aportación gallega al nacimiento y desarrollo de lo que actualmente es la modélica obra hospitalaria hispanoamericana, encontré datos que me permiten jugar, siquiera sea en un interesado ejercicio intelectual, con los nombres de Malaspina y Balmís, personajes que acomodo en ese imaginario puente al que se refiere el título de mi conferencia.

EL PILAR MÁS ANTIGUO

La incorporación del Continente americano al devenir histórico entonces regido por el Viejo Mundo, comienza, claro está, con la gesta del Descubrimiento en 1492. Pero sería absurdo ignorar la previa existencia de las razas autóctonas que informaron las grandes cultural pre-colombinas, hoy perfectamente catalogadas. Culturas que, por muy primitivos, esotéricos o mágicos que fueran sus procederes curadores, también se preocuparon de sus propios aspectos sanitarios y asistenciales.

Y es en el colorido mágico de los actos sanadores de aquellos pueblo, donde van a encontrar su caldo de cultivo los comportamientos sanitarios de los primeros emigrante gallegos, pues no debemos olvidar el componente idealizador y mágico de nuestra raza.

Por eso no es de extrañar que cuando escudriñamos en el epopeya que, en todos los órdenes de la vida, supuso para los gallegos su emigración al continente americano, nos encontremos, en el concreto aspecto médico-asistencial que ahora nos ocupa, con narraciones como esta:

«... Era hombre notable y hacía maravillas como curandero, con aceite, lana sucia y palabras que llamaba ensalmos, que en este descubrimiento había hecho muchas curas de grande admiración, que parecía tener particular gracia de Dios para ellas. Pero en la batalla de Mauvilla se le quemó el aceite y la lana, y no quiso curar más, ni siquiera a sí mismo, aunque fue herido gravemente varias veces. Se entregó al cirujano, que lo martirizó. Sin embargo, cuando los españoles trataban de abandonar La Florida, fue herido Sanjurjo cerca del Mississipi por una flecha que le atravesó la armadura y el muslo y atravesando la silla se le clavó en el caballo. Tuvieron que cortar la flecha y a Sanjurjo lo dejaron tirado en el llano a beneficio de su habilidad. No queriendo llamar al cirujano, porque se habían dicho cosas feas cuando antes lo habían curado, tampoco el cirujano se acercó a curarlo. Tomó entonces grasa de puerco en lugar del aceite que no tenía, y en lugar de lana sucia hilachas de una manta vieja de indio, y en cuatro días quedó maravillosamente curado».

Es un relato debido a la pluma del Inca Garcilaso. Lo recoge, en efecto, Laso de la Vega en su obra «La Florida», lib. 1, cap. 13. El protagonista es un «soldado gallego llamado San Jurge (Sanjurjo, sin duda), hombre hábil y diligente para cualquier cosa», al que Hernando de Soto, desde La Habana, había utilizado como correo y espía del Virrey Mendoza en su expedición a la Florida.

Y en un aspecto tan conocido hoy como el de las infraestructuras que precisa una buena asistencia sanitaria y social, ¿cómo podría silenciarse la increíble figura de Sebastián de Aparicio, elevado incluso a los altares como Beato, cuyo cuerpo incorrupto se conserva de la iglesia de San Francisco de Puebla, y al que tanto veneran en México los taxistas que hasta llevan su estampa en el salpicadero de sus coches?. Pues ese Sebastián de Aparicio, al que encontramos en México a principios del siglo XVI ejerciendo su humilde oficio de carretero, era un sirviente gallego de A Gudiña. Y trabaja con tal tesón y habilidad que se enriquece, tiene tiempo para casarse y enviudar dos veces, entrar como lego en la orden franciscana, y morir nonagenario dejando tras de sí la fama de haber introducido en América nada menos que la tracción rodada que facilitó el transporte, entonces tan comprometido, entre los rudimentarios centros asistenciales de los que se iban dotando los asentamientos de las Misiones.

Y no conviene hacer remilgos a la forzada figura de «transportista sanitario» que estoy dando al Beato Sebastián de Aparicio. Porque si banalizamos ese símil, no sabremos dónde encajar a otro personaje, coetáneo del modesto fraile, con el que quizás se cruzarían tantas veces las carretas que manejaba el franciscano. Me refiero a Pedro Gallego, soldado de Hernán Cortés, «hombre gracioso y decidor» según sus biógrafos, que en 1519 montó una posada en el camino de México a Veracruz en la que, al margen del natural beneficio, ejercitaba de buen samaritano con los menesterosos y heridos de la ruta. Ahí tenemos un rudimentario adelanto de las hospitalarias casas de acogida.

Claro que entonces no todo era simple voluntarismo o intuitiva actividad de personajes iletrados. Recuérdese que por aquellas fechas España divide el Nuevo Mundo en Virreinos. Primero fueron los de Nueva España y Perú, y luego el de Nueva Granada y el del Río de la Plata. Y al frente de esos extensos territorios estaban los Virreyes, verdaderos «alter ego»

del Rey de España, que, como todopoderosos caballeros que eran, algo tuvieron que ver con los logros sanitarios de su tiempo. Pues bien: nada menos que ocho de esos Virreyes fueron gallegos.

No de todos, claro, porque sería inagotable el relato. Pero vale la pena decir algo de lo que uno de esos Virreyes influyó en esto de los temas sanitarios y asistenciales. Porque cuando hoy hablamos de conservación del medio ambiente, de la salubridad de las aguas, de las infraestructuras precisas para una buena sanidad, o de la debida protección social que exigen los derechos humanos, conviene recordar que uno de aquellos Virreyes, el segundo gallego elevado a tal dignidad en Perú en 1647, Don García Sarmiento de Sotomayor, Conde de Salvatierra en Galicia, fue quien resolvió el difícil problema del indio, disminuyendo la «mita», aquella brutal recluta de indígenas para el trabajo en las minas; y se las ingenió para hacer frente a las calamidades, sobre todo sanitarias, surgidas tras el terremoto que asoló el Cuzco en 1650; y propulsó una cuidada conducción de las aguas potables en Lima, en cuya plaza mayor hizo colocar, como remate, una hermosa fuente de bronce que los limeños celebraron con estos versos:

*De fuente tan prodigiosa
el mundo se maravilla,
que dar un Sarmiento agua
ha sido cosa divina.
El agua que en ella corre
no corre como solía,
y se ve de tierra salva
y por Salvatierra limpia.*

Recuerdos como estos conforman el más antiguo de los pilares en los que se apoyaría el imaginario puente del que vengo hablando.

EL PILAR MÁS CERCANO

Sin detenernos más en esa época, fuertemente misturada de actitudes mágicas y primitivas, situémonos en la última centuria de la historia de Hispanoamérica, época en la que emigran casi dos millones de gallegos. Y asistiendo al nacimiento y desarrollo de las instituciones benéfico-asistenciales que nuestros paisanos han ayudado a crear a lo largo y ancho del Nuevo Mundo, estaremos en condiciones de describir el otro pilar, el más cercano a nosotros: el formado por la moderna asistencia hospitalaria de la que pueden presumir a la otra orilla del Atlántico.

Referir la historia del nacimiento, a veces titubeante, y el esplendor logrado cuando cuajaba la idea de un Centro o una Casa de Galicia, allá donde hubiera un grupo de hombres llegados desde el finisterre europeo, sería dar fe también de la existencia de una hijuela inmediatamente seguida: el nacimiento de una benemérita sección de acogida, primero; una atrevida Quinta de Salud o Sanatorio, después; o un impresionante y moderno Hospital que nada desmerece de los de titularidad estatal.

Cuando en 1985 asistí, oficialmente invitado por las autoridades cubanas, al Congreso de Ortopedia y Traumatología de los Países Sociales celebrado en La Habana, compensé la tristeza que me producían las carencias materiales que observaba, al comprobar el elevado grado de asistencia sanitaria y educacional de Cuba, como advertí en el Acto Inaugural del Hospital Frank Pais, modernísimo Complejo Hospitalario y Docente de las ramas de Traumatología y Ortopedia que yo ejerzo.

Llevado en volandas de un lado para otro, me sorprendí a mí mismo pensando que, a lo menos en la alfabetización y en los cuidados médicos, algo debían los cubano al hijo de un gallego, al que allí llaman Comandante, y al que yo, públicamente y con motivo de su visita a Galicia, bauticé en la prensa, me consta que con la complacencia del interesado, como «Fidel, el primo de Victoria y Estelita» (ECG, 25.VII 92), porque eso es el mandatario cubano para los gallegos.

Me reconfortaba pensar que toda la tecnología, más o menos puntera, que se apreciaba en aquellas modernas instalaciones habaneras del Hospital Frank Pais, se asentaban en los terrenos que un siglo antes allí mismo había tenido la «Sociedad de Beneficencia de Naturales de Gali-

cia», creada en La Habana en 1871. A su sombra iba a nacer en 1888, siendo su presidente un gallego, Antonio Rivero Peón, un Servicio Sanitario que pronto se iba a concertar con la Casa de Salud Quinta del Rey, cuyo primer médico inspector va a ser otro benemérito gallego, el Dr. Victoriano Andrade.

Es insistieron y siguieron creciendo. Y ya en 1906 la más grande obra hospitalaria en la emigración, se llamaba Quinta de Salud La Benéfica del Centro Gallego. Asombra pensar que en 1952 «La Benéfica», que así se la conocía popularmente, movía un presupuesto anual de 1.100.000 (un millón cien mil) pesos oro y atendía a unos 650 enfermos diariamente.

Es conmovedora la reacción de una serie de damas relacionadas con los responsables de aquel Centro Gallego. Como, preceptiva y curiosamente, las mujeres no tenían opción a ser atendidas en La Benéfica, ellas mismas se constituyen en comisión promotora y crean, en 1917, una sección dedicada a la mujer y al niño, que bautizan con el significativo nombre de «Hijas de Galicia».

En otro orden de cosas, allí me complugo saber que el imponente Cementerio Colón de La Habana, uno de los mayores y más hermosos de América, también era obra de un gallego, de Ferrol precisamente: Calixto Loira Carnoso.

También era gallego, de Ferrol, un ilustre jurista y farmacéutico radicado en Buenos Aires, Germán Martín Yáñez, al que traigo a colación aquí no por su condición de profesional sanitario, sino por la curiosidad de haber sido él, con otro gallego, el Dr. Revestido, los autores de la letra y música de un tango dedicado a la gesta que otro famoso ferrolano, el aviador Ramón Franco, protagonizó en el «Plus Ultra». Naturalmente, el tango se titula «Monchiño». Un hijo de ese ocasional músico, Miguel Revestido, fue Ministro de Hacienda con Perón. De modo que algo contribuirían ambos personajes a la sanidad argentina.

El fundador y primer Director de la famosa Escuela de Ciegos, fundada por la Sociedad de Beneficencia de la Capital después de una epidemia de oftalmía que había privado de la vista a los niños de la ciudad en 1880, fue, además, el introductor del Método Braille en Argentina. Se llamaba José Lorenzo y González y era un gallego, de Santiago.

Y era gallego, concretamente de La Graña (Ferrol), Pedro García, que pese a ser profesionalmente un marino explorador, enaltece su recuerdo con la decidida actitud frente a una terrible epidemia de escorbuto, decidiendo «que a toda la gente se le suministre minestrillas finas y aceite en lugar de la carne salada y tocino para ver si se contiene esta epidemia». (Está claro que, aun desconociéndola, algo intuía nuestro paisano sobre el significado de la carencia de vitamina C).

Por último, de Mugaros, de donde yo soy natural, era Norberto Fernández, un emprendedor personaje que adquirió el primer avión de la Patagonia e inauguró como pasajero la línea Río Gallegos - Buenos Aires. Un hijo suyo, también aviador, murió en una heroica misión sanitaria: se estrelló en su avión, cuando transportaba medicamentos a Ecuador para ayudar en la catástrofe producida por un devastador terremoto. Un monumento en aquel lugar recuerda la acción del heroico gallego.

Como médico y como gallego me enorgullece pensar que ni el pasado ni el presente médico-asistencial del continente hispanoamericano se pueden explicar sin la presencia de unas instituciones como La Benéfica de La Habana o los Hospitales de Montevideo, México y Buenos Aires, creados y sostenidos por gallegos.

En el Catálogo de «Galicia & América», Alejandro E. Fernández, que se encarga del capítulo de «El asociacionismo gallego en América», afirma, con razón: «Es un hecho general que las entidades gallegas que lograron mayor arraigo en las sociedades latinoamericanas fueron aquellas que abriéndose al asistencialismo mutualismo o benéfico, contribuían a llenar el vacío de la estructura asistencial de los países receptores. Tales son los casos de los centros de La Habana, Buenos Aires o México».

En Uruguay, donde el mutualismo español abarcó prácticamente todo el territorio, las funciones asistenciales fueron lideradas en este siglo por la Casa de Galicia, con su moderno Hospital.

En Argentina, como es obvio, es el Hospital del Centro Gallego de Buenos Aires el que abandera, prestigiándolo, el sistema benéfico-asistencial y docente creado por los gallegos.

LA EXPEDICIÓN BALMÍS

Y ahora sí, dibujadas las pilastras en las que apoya el imaginario puente del que venimos hablando, vamos con los dos personajes, Balmís y Malaspina, con los que apadrino el título de mi conferencia.

Entre esos dos pilares, el esplendoroso hoy y el difuminado ayer de la actividad médico-asistencial en el Nuevo Mundo, se tiende el puente cuya piedra angular, a mi modo de ver, ha sido puesta por los gallegos. Más concretamente, por veintidós niños gallegos. Me refiero a aquellas in-nominadas criaturas que, cumpliendo fatalmente un designio histórico, transportaron en su brazo, inoculada adrede, la salvadora vacuna que combatiría la viruela que entonces diez-maba el continente americano.

Es la famosa y «Real Expedición Filantrópica de la Vacuna» que los libros recuerdan como «Expedición Balmís», perpetuando el apellido de su principal responsable, el Dr. Francisco Javier de Balmís. De ella, y con mucha más autoridad que yo, habló en esta misma Cátedra el año pasado el Profesor Alfonso Delgado Rubio, director del Departamento de Pediatría del País Vasco. Y aunque esto me libera de extenderme en el tema, me apetece recordar los datos más destacados.

Ocurría este trascendental hecho sanitario en el alborar del siglo XIX, concretamente el 30 de Noviembre de 1803, fecha en que sale del puerto de A Coruña en la corbeta «María Pita», la luego famosa expedición. Paradojas de la historia: el objetivo es el de llevar a América el remedio que cure una enfermedad que casi tres siglos antes transmitieran otros españoles, pues parece comprobado que fueron los soldados de Hernán Cortés los que, en 1527, introdujeron la viruela en México.

Detengámonos, aunque sea muy esquemáticamente, en esta histórica aportación de Galicia a la sanidad americana.

Primero.— Jenner, el médico rural inglés descubridor de la vacuna contra la viruela, comunica oficialmente sus curaciones en 1798. Dos años después, en 1800, el Dr. Piguillén, de Puigcerdá, vacuna en Barcelona, con éxito, a cuatro niños. Y un año después, en 1801, un médico coruñés, el Dr. Antonio Posse Roibanes, se atreve a vacunar a su propia nieta; y, tras el éxito, vacuna a otro niño.

Segundo.— Impresiona pensar que sólo dos años después de que en Galicia se empezará la vacunación antivariólica, salga de sus costas, en un velero que va a desafiar los peligros del Atlántico, una temeraria expedición con el exclusivo objeto de llevar al Nuevo Mundo aquella panacea curadora.

Tercero.— Al margen de los costos de tal evento, conmueve pensar en la carga humana que transporta la nave: 22 criaturas, pertenecientes a la Casa de Expósitos de A Coruña. Y ya que no conocemos los nombres de todos y cada uno de estos niños, vale la pena consignar el de la mujer escogida para que los cuidara en la travesía: era la Rectora de aquel Hospicio coruñés, doña Isabel; así, sin más. Porque como si fuese una burla de la historia, sus apellidos aparecen constantemente confundidos en todos los documentos: López Gandalla, Zendala y Gómez, Gómez Sandalla. ¡Qué más da!. Doña Isabel, la Rectora de la Casa de Expósitos de A Coruña se embarca en la aventura. Ella sabe que, para aquel gesto pueda transformarse en un hecho históricamente útil, debe cumplirse este mandato:

«Conforme El Rey con la propuesta elevada sobre la expedición destinada a propagar en Indias la inoculación de la vacuna, permite S. M. que la Rectora de la Casa de Expósitos de esa ciudad sea comprendida en la misma expedición en clase de enfermera».

Así oficiaba, con fecha 14 de Octubre de 1803 el Secretario de Gracia y Justicia a Don Ignacio Carrillo y Niebla, Presidente del Hospital de Caridad de A Coruña. De tan singular manera, Doña Isabel va a ser la primera enfermera internacional de la historia. Al menos de nuestra historia sanitaria.

Cuarto.— Consuela saber; y uno se enorgullece de poder contarlo casi doscientos años después, que la «Expedición Balmís» fue, sin duda, la Primera Misión Sanitaria Internacional. Mi colega, el Dr. Pastor Nieto Antúnez, en su discurso de ingreso en el «Instituto Cornide de Estudios Coruñeses» (1981) nos recuerda que «medio siglo antes de que el temor al cólera moviera a los países europeo a reunirse en la Conferencia de París en 1851, España, sin otro móvil que el más generoso humanitarismo, organizó la memorable Expedición Balmís para la difusión de la vacuna antivariólica (en las Indias)».

Así lo cuenta el **Dr. Nieto Antúñez**:

«En el año 1802 padeció Lima una epidemia de viruela que describió el Sr. Gabriel Moreno en El Almanaque del año siguiente. Y caracterizando su malignidad, refiere la historia de un niño cuyo cuello tenía unas grietas que penetrando hasta la tráquea salía por ellas el aire de la respiración» (...)

«El Ministro de Gracia y Justicia leyó a Carlos IV esta descripción. Y el Rey quedó tan consternado al oirla que preguntó si no habría algún medio de socorrer a sus pueblos de América, conduciéndoles el pus vacuno fresco. Se le respondió que para esto era necesario formar una expedición marítima en la cual se embarcara un determinado número de personas jóvenes que no hubiesen padecido la viruela, y bajo la vigilancia de profesores competentes se fuera pasando de brazo a brazo la vacuna hasta ponerla en las costas de América y desde allí conducirla al interior de sus provincias; pero que esta expedición determinaría crecidos gastos, lo que no podía soportar el Erario por lo exhausto que se hallaba con motivo de las pestes padecidas en la Península, por los grandes gastos que originaba la guerra y por las muchas necesidades que oprimían a España. Contestó Carlos IV que se hiciera el último esfuerzo y que se diera a su corazón el consuelo de liberar de la epidemia a sus pueblos de América».

Ya sé que esta narración puede resultar barroca, romántica y almibarrada. Pero no me he resistido a transcribirla a la letra porque me da pie para cerrar este capítulo en el que rememoro la «Real Expedición Filantrópica de la Vacuna» y rindo tributo a la memoria del Dr. Nieto Antúñez que tanto estudió esa epopeya sanitaria y marinera de la que desde esta misma Cátedra el Profesor Delgado Rubio afirmó que «la expedición realizada por el Dr. Balmís en 1803 sentó las bases para que 170 años después se declarase erradicada la viruela en todo el mundo».

Y conviene no olvidar que esa proeza que permitió iniciar la curación de la viruela en América, Asia y Oceanía, pudo realizarse gracias a que los brazos de unos niños gallegos transportaron a América el pus fresco de la vacuna.

LA EXPEDICIÓN DE MALASPINA

¿Y Malaspina? ¿Qué pinta en todo esto el Almirante Alessandro Malaspina? De entrada, siendo su nombre el de un ilustre marino, pienso que encaja perfectamente en la historia de cualquier puente; pero sobre todo en la de un puente tan singular como éste que yo imagino tendido sobre el Atlántico para explicar la impronta de la huella asistencial y sanitaria que los gallegos dejaron en su epopeya americana.

Hablando en una Catedral que lleva el nombre de Jorge Juan, sería vano que me detuviera en el concreto aspecto naval de la famosa Expedición de Malaspina. Debo dar por supuesto que cualquiera de ustedes sabe mucho más que yo de esa gesta en la que el Almirante circunvala el mundo navegando durante cinco años y dos meses, pues sale de Cádiz el 30 de julio de 1789 y en Cádiz rinde viaje el 24 de septiembre de 1794.

Como saben muy bien, en 1994, coincidiendo con el segundo centenario de esa epopeya naval, se celebraron una serie de actos y se multiplicaron los estudios que, reivindicando la figura de Alessandro Malaspina, sirvieron para actualizar el significado de su gesta, tan despectivamente olvidada. Pese a su impresionante ejecutoria naval, el Almirante cayó en desgracia; y, víctima de las maquinaciones de Godoy, el poderoso Valido real, Malaspina hubo de padecer ignominiosa prisión en el coruñés Castillo de San Antón. Y es justamente esto, saberlo vejatoriamente encarcelado entre nosotros, lo que me ha llevado a encajar su figura en el entramado de un tema que trata de la importante contribución de los gallegos en su particular epopeya americana.

Les recomiendo la lectura de un interesante librito que, con la firma de Carlos Martínez-Barbeito, Mercedes Paláu y Darío Manfredi, y bajo el escueto título de «Alexandro Malaspina», publicó en 1992 la Asociación de Amigos del Museo Arqueológico de A Coruña, museo al que dio vida en ese Castillo coruñés un cultivado espíritu como es el de su Director, mi amigo Felipe-Senén López Gómez, que prologa el libro e hizo un estudio de «A Coruña en la época de Alejandro Malaspina» para participar en las Jornadas Internacionales que en honor del Almirante se celebraron en 1992, trabajo que luego publicó la Real Academia Hispanoamericana con sede en Cádiz.

De esa famosa expedición naval que Malaspina preparó con todo detalle, sólo me interesan ahora los aspectos médicos y alimentarios y su relación con los hombres de nuestra raza, a los que por cierto el Almirante tenía en alta estima. En apoyo de estas dos tesis, el aspecto sanitario de la expedición y el aprecio del italiano por nuestros hombres, reparen en esos dos párrafos del citado libro:

«El objeto (de la expedición) sería múltiple: geografía, astronomía y física, hidrología, climatología, mineralogía, botánica y sus aplicaciones médicas y alimentarias, zoología, antropología, etnografía (y la) utilidad para la industria y el comercio de los productos americanos».

Y sigue más adelante:

«(Malaspina recomendó) a los responsables supremos de la Armada que se le confiaran tripulaciones compuestas en su mayor parte por gallegos, asturianos y montañeses. (Y) Para estar seguro de que fuesen seguidas estas indicaciones, envió a Ferrol, para reclutar voluntarios, al oficial Antonio Tova Arredondo... «Malaspina se preocupó también de la preservación de la salud de los marineros septentrionales. Por ejemplo, tuvo incluso el escrúpulo de preguntar al Protomédico de la Real Armada –doctor José Salvarezza– si el aceite de oliva fuese un alimento demasiado indigesto para el septentrional...»

¿Sería uno esos reclutas un tal «Taforo», «Tafora» o «Tafur», que de todos esos modos aparece escrito el nombre de un curioso personaje mencionado en diversos relatos como adelantado en el establecimiento del primer puesto de socorro médico en la Patagonia?. Me lo pregunto porque ese nombre coincidiría con el de Bernardo Taforo, un cualificado marino, éste sí perfectamente identificado en las tripulaciones de Malaspina. Cuando preparé aquella conferencia pronunciada en la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires, manejando el monumental libro en dos tomos de Alberto Vilanova sobre «Los gallegos en la Argentina», avalado por el

prólogo de Don Claudio Sánchez Albornoz, me encontré con este jugoso párrafo:

«Al hablar de los pilotos Taforo, Peña y Villarino, el historiador argentino y capitán de fragata Héctor R. Rátto, en su libro «Hombres del mar en la República Argentina», y llamar a Taforo «el más alto valor dentro de la categoría de los hidrógrafos», nos revela su naturaleza galaica al escribir lo siguiente: ... eran Villarino y Taforo de la tierra gallega.

«Rátto señala que se formó profesionalmente en la celebrada Escuela de Pilotos de Ferrol. (...) De mayor cultura que Villarino, (...) Menos inclinado a la vida aventurera, circunscripto a los deberes del hombre del mar (...) Bernardo Taforo, al que encontramos en Malvinas por el año 1760 y lo sabemos en el Virreinato hasta más de veinte años después, en que lo perdemos de vista. Capitán de varias embarcaciones destinadas al servicio de las poblaciones patagónicas, en las que desarrolla su actividad de hidrógrafo de mérito; piloto (...) de los establecimientos de Malvinas y Río Negro; colaborador destacado en las tareas encomendadas a los Capitanes Malaspina y Bustamante, es el profesional más respetado de esos jefes a los que arranca (...) Palabras de admiración».

Para ir dando remate a este trabajo, insisto en los motivos que justifican la presencia de Malaspina en el tan repetido e imaginario puente del que les hablo: no sólo porque la magna expedición que el organiza tiene ese componente sanitario del que he hablado, sino por el aspecto imaginario y romántico que yo quiero darle a su presencia entre nosotros en los postreros años de su vida.

Efectivamente, reparen en que el Almirante, víctima de las maquinaciones políticas en que se ve envuelto, es encerrado en el Castillo de San Antón, donde permanece seis largos años, desde 1796 hasta 1802. Oigamos a Martínez-Barbeito:

«Es emocionante pensar que, entre los muros fríos y húmedos en la internada del castillo de San Antón, siniestros para quien es-

tuviera encerrado tras ellos, hoscos para quien se les acercara por mar que era el único camino posible dado su antiguo carácter isleño, transcurrieron unos interminables años de la vida de un destacado personaje de la ilustración italiana y española y ejemplo bien claro del espíritu racionalista y crítico, científico y experimental. (...) Era Alessandro Malaspina, que de ese modo quedó vinculado, aunque ciertamente de forma pasiva, a la Ilustración Coruñesa».

Revisemos las coincidencias de algunas fechas: Don Antonio Pose Roibanes vacuna a su nieta en 1801. Y dos años después, en 1803, la «María Pita», con la famosa expedición de Javier de Balmís a bordo, leva anclas rumbo a América. ¿Se me podrá negar la hipótesis de que el ilustrado e inquieto Almirante, preso en San Antón pero en constante contacto con los notables de la ciudad, se hubiera interesado por los preparativos de tal evento? De sus relaciones con el exterior nos habla Felipe-Senén López:

«A pesar de las severas órdenes dadas por Godoy para con el prisionero, sus carceleros comprendieron enseguida la magnitud de la personalidad del preso que se les había encomendado, enorgullecidos de poder contar con su conversación. Le entregaron su amistad y confianza, como la del Gobernador Manuel Ochoa y su mujer María Buenaventura, y con el mismo Marqués de Mós, Gobernador Militar de la Plaza; con el capellán de la fortaleza, que le cede sus dependencias por la humedad de los calabozos. Se le dieron facilidades de movimiento entre las murallas del Castillo; se le cedían periódicos, libros de clásicos griegos, de filósofos ingleses y americanos... No perdió el tiempo entre las húmedas paredes de la fortaleza coruñesa; tuvo facilidades y amistades que los estudiosos pueden desvelar en el futuro...»

¿Verdad que todo encaja para suponer que Malaspina siguiera de cerca los progresos de la vacunación e interviniera de alguna manera en los prolegómenos de aquel evento científico y sanitario que se gestaba a extra-muros de su lugar de prisión?

Sea como fuere, ahí queda mi positiva apuesta de que tan insigne prisionero no fue ajeno a esa epopeya filantrópica de la vacuna. En todo caso, quiero pensar que, saltando sobre los muros del Castillo, el fértil pensamiento de Alessandro Malaspina estaría animado a quienes se disponían a hacer un viaje transoceánico que a él tan familiar le era.

No me extrañaría que, aunque aquel 30 de noviembre de 1803 ya el almirante no estaba allí, pues había sido liberado un año antes y partiera para Italia, donde moriría en Pontrémoli en 1810, también Balmís, al largar amarras y enfilarse la boca del puerto rumbo a América, seguiría el noble y emocionado ejemplo de Humbolt, que también partiera de A Coruña con su expedición al Pacífico coincidiendo con la prisión de Malaspina. Así nos lo recuerda Felipe-Senén López:

«Al pasar la embarcación ante los muros grises de la isla de San Antón, Humbolt recuerda a su tripulación que allí está encerrado uno de los grandes navegantes de la Historia y ordena que se le rinda homenaje».

CONCLUSIÓN

Convencido de que en el continente americano se guarda la «memoria histórica de Galicia», he sostenido públicamente que aunque un cataclismo geológico borrara la Península Ibérica de la faz de la tierra, Galicia continuaría existiendo allá gracias al generoso trasplante americano de sus hijos.

No me cabe la menor duda de que, emigrante forzado o voluntarios, los gallegos «han sido los pioneros espontáneos y libérrimos de una parte de la grandeza americana», como sostiene el Padre Gándara en su Tesis Doctoral sobre «La emigración gallega a través de la historia».

Me complace constatar que un hombre de la significación histórica de Don Claudio Sánchez-Albornoz y Menduïña –también él, como se ve por su segundo apellido, gallego de madre– en el prólogo a la monumental obra de Alberto Vilanova «Los gallegos en la Argentina» sostuviera que:

(desde ahora) «conoceremos (...) no sólo los nombres sino las gestas y a veces los milagros de estos centenares de gallegos, a la par modestos e ilustres. Modestos, porque muchos lo fueron en sus orígenes sociales; e ilustres, por sus empresas y sus triunfos. La Argentina (yo diría América toda) les debe mucho. Y España también. La Argentina, porque sin el esfuerzo galaico —no dudo al afirmarlo— no sería hoy lo que es: de origen gallego son muchas de las señeras figuras que han hecho el país, desde Rivadavia en adelante, y es colosal la aportación de los gallegos a la vida de esta gran nación en todas sus actividades culturales, sociales, económicas y políticas». (...) Y a España porque esos centenares y centenares de gallegos emigrantes han sido a la par muy gallegos y muy españoles; sintieron la tierra lejana y amada con saudade y con pasión, y la sintieron dentro de la España de todos».

Introducir afectivamente entre esos heroicos gallegos transterrados el nombre italiano del Almirante Alessandro Malaspina y el alicantino del Cirujano Javier de Balmís, y hacerlo documentalmente aprovechando la acreditada tribuna que me brindó la Cátedra «Jorge Juan», me permite rendirles el emocionado recuerdo y gratitud que se les debe por el servicio que prestaron a nuestro País con su presencia en el epopeya del puente sanitario-asistencial tendido entre Galicia y el Nuevo Mundo, mar por medio.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCALÁ NAVARRO, XABIER: *Viaxes no país de Elal* (pp. 89-93). Galaxia. Vigo. 1991.
- CASTRO LÓPEZ, MANUEL: *Hijos distinguidos de la provincia de Lugo*. 1890. *La ascendencia de Rivadavia*. Buenos Aires. 1919.
- DELGADO RUBIO, ALFONSO: *La Marina y la Sanidad: la Expedición del Dr. Balmís en 1803*. Conferencia en la Cátedra «Jorge Juan». Ferrol, 21-03-97.

- FERNÁNDEZ, ALEJANDRO E.: *O asociacionismo galego en América*. Galicia e América: 5 séculos de historia, pp. 132-137. Consello Cultura Galega. 1992.
- GÁNDARA FEIÓO, ALFONSO: *La emigración gallega a través de la historia*. Tesis Doctoral. Universidad de Madrid. Facultad Ciencias Políticas. 1967.
- GÓMEZ CANEDO, LINO: *Los gallegos en el gobierno, la milicia y la Iglesia en América*. (Colección Galicia e América. Xunta de Galicia. Santiago. 1991).
Los gallegos en la cultura, las letras y el comercio en América. Ib.
Los gallegos en los descubrimientos y las exploraciones. Ib.
La aportación de los franciscanos gallegos a la evangelización. (En *Galicia y la Evangelización de América*. Pp. 139-173. Xunta de Galicia. 1991).
- GONZÁLEZ LÓPEZ, EMILIO: *Introducción a la labor evangelizadora de Galicia en América*. (En «Galicia y la evangelización de América», pp. 7-19. Xunta de Galicia. 1991).
- GONZÁLEZ TOSAR, LUÍS: *O moi Ilustre Galego da Habana*. (En «Galicia e América: cinco séculos de historia». pp. 138-144. Consello da Cultura Galega. 1992).
- LÓPEZ GÓMEZ, FELIPE-SENÉN: *A Coruña en la época de Alejandro Malaspina* (I Jornadas Internacionales 17-25, septiembre 1992). Real Academia Hispano-Americana. Cádiz. 1994.
- MARTÍNEZ-BARBEITO, CARLOS. PALÁU BAQUERO, MERCEDES. MANFREDO, DARIO: *Alessandro Malaspina*. Amigos Museu Arqueolóxico. A Coruña. 1997.
- MEIJIDE PARDO, ANTONIO: *El doctor Posse Roibanes y la introducción de la vacuna contra la viruela en Galicia (1804-1806)*. Medicina Galai-ca. Año V. Vol. XIX. N° 18. Julio-Septiembre 1982. Pp. 23-29.

NIETO ANTÚNEZ, PASTOR: *La Expedición Balmís para la difusión de la vacuna antivariólica*. Rev. del Instituto José Cornide. Año I. N^o 2. 1996. Pp. 135-138.

La Rectora de la Casa de Expósitos de Coruña, excepcional y olvidada enfermera en la Expedición Balmís. Discurso de ingreso como Miembro de Número en el Instituto José Cornide. A Coruña. 1981.

PARRILLA HERMIDA, MIGUEL: *Los médicos militares españoles y la Expedición filantrópica de la vacuna antivariólica a América y Filipinas para la lucha contra la viruela*. Rev. Ejército. n^o 437. Pp. 1-11. Madrid. 1976.

PÉREZ PRADO, ANTONIO: *A presencia galega en Arxentina*. En «Galicia e América: cinco séculos de historia». Pp. 164-167. Consello da Cultura Galega. 1992.

VARELA ZEQUEIRA, JOSÉ: *Organización de la Casa de Salud La Benéfica del Centro Gallego de La Habana (1879- 1909)*. La Habana. 1909.

VILANOVA RODRÍGUEZ, ALBERTO: *Los gallegos en la Argentina*. (Dos tomos). Ediciones Galicia. Centro Gallego de Buenos Aires. 1966.

ATLAS-GUÍA DE LAS MISIONES ESPAÑOLAS EN AMÉRICA. Consejo Superior de Misiones. Madrid. 1947.

MEMORIA DEL CENTRO GALLEGO DE LA HABANA. La Habana. 1914.

PORTFOLIO GALICIA. QUINTA LA BENÉFICA. (Casa de Salud del Centro Gallego de La Habana). Ed. Pedro Ferrer. La Coruña. 1904.